

agui
504

brazos, estrechándome fuertemente contra su corazón!.....entonces pude notar que este palpita-
ba con violencia, y que derramando abundantes
lágrimas ahogaba la fuerza de sus sollozos!

¡Ante el dolor de aquella mujer me sentí con-
movido!.....y experimenté que mi corazón se
hallaba dispuesto á amarla! ¡ay! lo que entonces
tierno niño no comprendí, hoy lo comprendo!.....

¡Aquella mujer desdichada era mi madre!.....
¡Oh! madre mia! ¿por qué el destino me ha per-
seguido tan cruelmente? ¿por qué me han arre-
batado de tu lado? ¿por qué me han privado de
tu amor y de tus caricias?.....¡Ah! sería tan dul-
ce para mí tener una madre!.....

¡Tristes reflexiones, alejaos de mí, dejadme sí
consignar en estas páginas las impresiones de mi
alma!.....no vengais ¡ay! á interrumpir el hilo
de mi triste historia!.....

Mi corazón de niño se conmovió ante el dolor
de aquella mujer desconocida, y la pregunté.

¿Por qué llorais señora?

¡Señora! exclamó tristemente ¡ah Genaro! te
habia suplicado me llamasen madre!

¡Madre! repetí y ¿qué quiere decir madre? no-
té entonces que su cuerpo se estremecía, y con
un acento que desgarraba el alma, dijo, elevando
sus manos al cielo.

¡Oh Dios mio, este niño me mata con sus pa-
labras!..... despues inclinando su cabeza lloró
amargamente.

Yo guardé silencio; mas viendo que no se con-
solaba acaricié con mis manos su cabeza dicién-
dole ¡enjuga el llanto!..... ya que lo quereis os
llamaré ¡madre!.....

¡Ah! gracias, gracias Genaro, hijo mio, sí, llá-
mame siempre ¡madre! suena tan dulce en tus
lábios esa palabra!..... y al hablar así, al través
de su velo me colmaba de besos y de caricias.

Yo estaba sorprendido; D. Justo conmovido
lloraba tambien; la desconocida enjugó sus lágri-
mas y con tierno acento añadió: escúchame hijo
mio, me has preguntado lo que es madre, y voy
á esplicártelo para que ames á la tuya, y pidas á
Dios todos los dias por ella.

Yo escuché atentamente á la buena señora,
creí que como D. Justo iba á contarme algo ma-
ravilloso, y me figuraba que una madre seria al-
go parecido al Sol, á la Luna, al mundo!.....
¡pobre niño! bien se conocia que habia sido cria-
do en la mas completa ignorancia!

La señora tomando entonces la palabra, me ha-
bló en estos términos: Una madre, Genaro, es el
mayor tesoro, que puede Dios dar al hombre,
porque ella ocupa en la tierra su lugar.

BIBLIOTECA CENTRAL
JUAN I

La madre es para los hijos el apoyo mas seguro, el lugar donde pueden con entera confianza descansar!

Una madre ama á sus hijos, mas que las plantas al Sol!.... Vive por sus hijos!..... Se sacrifica con placer por ellos, y por ahorrarles el menor tormento, daria con gusto su vida!.....

Dios coloca, Genaro, en el corazon de la mujer un tesoro inmenso de ternura, que el hombre no puede nunca llegar á comprender en toda su extension; pues bien, la fuerza de todo este amor se reasume mas que en toda otra cosa en los hijos! ámalos con delirio! con toda el alma! Desde que nacen los estrecha contra su corazon, y cúbrelos con las primeras lágrimas que le arranca la ternura naternal!..... Con su propio aliento calienta esos miembros delicados y frios! cubre con sus besos ese pequeño cuerpecito, que estrecha con la fuerza del amor; y enseña al niño á pronunciar las primeras palabras! Manifiéstale despues que hay un Dios incomprendible é inmenso, á quien únicamente debe mas amar que á sus propios padres! Guía sus primeros pasos, y comienza á ilustrar su inteligencia.

A su lado pasa el niño los primeros años de su existencia, lleno de felicidad, porque en su madre encuentra una amiga, una protectora, el mas

sólido consuelo! Si la pena penetra en el corazon del niño, allí está esa mujer para que en ella desahogue sus sufrimientos. Si corren sus lágrimas, las enjuga esa madre.... Si sonrie, tambien ella sabe corresponder esas sonrisas! Si tiene motivo de pena, de temor, es esa mujer admirable quien sabe calmarlos todos con sus palabras, con sus caricias, con sus consuelos, ó con sus lágrimas!.. Por complacer el menor de sus deseos, es capaz de meterse en las mayores dificultades, por evitarle un disgusto, seria capaz de mil sacrificios.

Cómo podria yo nunca, Genaro, manifestarte en pocas palabras toda la extension del amor maternall esto no es posible ¡oh hijo querido!... pero yo te prometo que, cuando estés en la edad de comprender, te enviaré algunas reflexiones que te harán conocer más claramente toda la fuerza del amor maternal.

Yo estaba admirado de la pintura que me habia hecho la señora del amor de una madre, y no pude evitar esta exclamacion.

¡Entonces todos en el mundo han tenido una madre, mientras yo no he tenido ninguna!... ¡ah!..... ¡qué mujer tan criminal debe haber sido mi madre, cuando fué capaz de abandonarme en este oscuro calabozo, cuando existe un mundo tan lleno de encantos!

Noté que aquella mujer comenzó á temblar, cuando mis palabras escuchó; pero luego me dijo: Genaro, no pronuncies jamás semejante expresion contra de tu madre!... quizá ella te ama mas que las demas madres aman á sus hijos, y algun acontecimiento desgraciado, que tú no conoces, la haya obligado á guardar respecto de tí semejante conducta, mientras su corazon, despedazado por el martirio, vive en una agonía horrible, larga y mortal.

¿Conoceis vos á mi madre? pregunté instintivamente á la misteriosa señora; ¿sois vos por ventura?—¿Yo?... tartamudeó ella vacilante: nó, ¡hijo mio! no la conozco!... pero ¡quizás algun dia la llegue á conocer!

Pues ¿dónde está? lo sabeis?...—Nó; tampoco lo sé; pero nada es imposible ¡y quizás algun dia llegue á saberlo!

¿Cuál es vuestro nombre señora? yo quiero que me lo digais, porque desearia, que si vos llegais á saber el de mi madre, me lo manifesteis al momento.

Si hijo mio, te lo diré.

¿Cómo os llamais?

Justo, te revelará mi nombre. Hoy ¡hijo querido! solo quiero pedirte que ames mucho á tu ma-

dre, que jamás la acuses de ingrata para contigo, porque ¡es mucho! lo que ella te ama!.....

Y ¿cómo lo sabeis? luego....¿vos conoceis á mi madre? ¡Ah! señora! conducidme á su lado!... quiero verla!... me seria tan dulce recibir sus caricias!... reposar en su seno!... tener en fin una madre!....

Vos decís que élla me ama ¿por qué pues no me tiene á su lado? decís que una madre lo sacrifica todo por un hijo ¡ah! entonces élla no me ama ¡puesto que me ha abandonado! y al hablar así dejé correr mis lágrimas en el seno de aquella mujer!.....

A esta vista la desconocida se turbó: no llores Genaro, me dijo, con una agitacion creciente, no vez que tus lágrimas.....què tus palabras.... despedazan el corazon de tu pobre madre?.....

¿De mi madre habeis dicho?.....¿Vos sola me habeis escuchado! luego.....¿Vos sois mi madre!.....¡Ah madre de mi vida! ya no me abandoneis!.....

Al hablar así me arrojé de nuevo en sus brazos: la pobre mujer temblaba combulsivamente, y estrechándome contra su corazon decia: ¿tu madre yo? ¡Oh! no Genaro....¡te has engañado!... yo no soy tu madre.....

A estas palabras me arranqué de sus brazos

con violencia y le dije: pues bien señora, si vos no sois mi madre ¿por qué llorais? ¿á qué habeis venido?

He venido, continuó ella, ha hablarte de tu madre; he penetrado hasta aquí, para pedirte que la ames y no la acuses de ingrata para contigo, porque es muy desgraciada!

Puesto que tanto os interesais por ella señora, vos debéis conocer á mi pobre madre!... tal vez ella como yó gima en una oscura prision! yo quiero sacarla! quiero decirle, que hay un mundo! que hay algo mas bello que las oscuras paredes de su calabozo!..... Sí, buena señora, continué, llevadme á ver á mi madre! conducidme á su lado! quiero verla!...

Pero si te he dicho que no la conozco. Genaro... nó, nó, no sé quien es!...

¡Oh Dios mio! exclamé entonces tristemente, ¿debo para siempre renunciar á tener una madre?....

La desconocida se levantó brúscamente al oír estas palabras, é imprimiendo un beso en mi frente, partió, pudiendo apénas contener los sollozos que la ahogaban; D. Justo la siguió, y cerrando tras sí la puerta, pronto me quedé solo en mi oscura prision.

Entonces por la vez primera pensé en mi ma-

dre, y cayendo de rodillas elevé mis manos y mis ojos al cielo, y dirijí á Dios una ferviente plegaria!.....

Era la vez primera que pedia por la felicidad de mi madre! Despues de un breve rato me arrojé vestido en mi lecho: durante toda la noche ví en sueños á mi madre, y esta imágen vino á borrar los pensamientos que ántes me agitaban.

Cuando desperté, no pude ménos de pensar en la misteriosa señora, que la víspera habia penetrado en mi calabozo; mil veces se cruzaba en mi mente el pensamiento, de que ella pudiera ser mi madre idolatrada á quien no conocia; pero al acariciar esta imágen querida, me era imposible creer que si hubiera sido, teniendo un corazon tan ardiente, hubiese partido sin manifestármelo, y sin llevarme á su lado, despues de haberle expresado yo tan vivas ancias de conocer á mi pobre madre!

Nó, ¡ella no es mi madre! exclamé por fin; pero de lo que no me cabe duda es, de que ella conoce á la que me dió el sér!..... ¡A! sí, aunque se empeñe en negarlo, nunca podré creerlo! ella la conoce, y sabe donde se encuentra ¿por qué no me lo diria? ¡Dios poderoso al que acabo de conocer! te invoco con toda mi alma, para que pronto me lleves á los brazos de esa madre que tú mismo me diste!.....

Si al ménos hubiera yo visto su rostro exclamé luego; pero no pude aunque lo intenté: ella no se descubrió; sus lábios se imprimieron varias veces en mi frente, pero siempre cubierto el rostro ¿por qué el misterio funesto debe rodearme siempre? ¿Qué signo fatal es el mio?

Mi corazón se entristeció con este pensamiento; apoyé en ambas manos mi abatida frente, y por la vez primera corrieron mis lágrimas en abundancia.

Mas tiempo es ya de cerrar la cartera interesante, porque hay lugares en que no es uno libre para pasar el dia como le place; por nuestro gusto todo lo hubiesemos pasado leyendo aquel manuscrito, que la casualidad puso en nuestras manos; pero teniamos algunas exigencias que debian ser preferidas al placer.

Muchas veces en los momentos en que con mas interés leíamos, se presentaba ya una amiga, ya el capitán del vapor que nos habia tomado muchísimo cariño, y á menudo acercándose á nosotras nos decia.

Dejad ya vuestra lectura, vamos á dar una vuelta, hagamos un poco de ejercicio; y teniamos en efecto que dejar nuestra lectura, por complacer los deseos de nuestros compañeros de viaje.

El capitán del Cuba era un hombre muy sociable y simpático, desde los primeros dias de nuestra permanencia en el vapor, habia comenzado á marcarnos su afecto y su distincion, á medida que el tiempo fué pasando, se mostró mas fino, y hacia particularidades tan extraordinarias respecto de nosotras, que no podiamos ménos de mostrarnos siempre gratas, como era tan natural.

En las mañanas apenas nos veia sobre cubierta, se venia hácia nosotras con los brazos abiertos, (éramos unas niñas, lo saben ya nuestros lectores) despues de abrazarnos afectuosamente nos tomaba de la mano, y nos llevaba con él á recorrer el buque.

Seguíamos todos sus pasos, y por cierto que no eran pocos, sobre todo á esa hora en que se ocupaba con tanto empeño de la vigilancia general del vapor: ya se dirigia al piloto para hacer sus observaciones; ya tomaba su grande anteojó y comenzaba á contemplar el firmamento; despues tomaba sus medidas, y se dirigia á los marineros para ver si todo estaba listo, si la limpieza reinaba por todas partes, y despues de haber concluido todos estos trabajos sérios, llevábanos á su camarote, donde se sentaba á conversar con nosotras. En seguida nos mostraba algunos libros con estampas para que nos entretuviésemos, ó

bien se nos ponía á leer alguna pequeña historia ó novelita.

Por nuestra parte no podíamos menos de apreciar todo lo que el capitán hacia por nosotras.

La fineza y el afecto no pueden menos de impresionar de una manera grata el corazón, de modo que el nuestro sentía verdaderos movimientos de simpatía por él, y los ratos que pasábamos á su lado nos eran agradables.

Un día se propuso llevarnos á conocer la máquina del vapor; aceptamos muy gustosas su invitación, y en la tarde, después que todos se hallaban en sus puestos, nos tomó el capitán de la mano, se dirigió á un punto de sobre cubierta, cerca del tubo por donde el humo salía, se hallaba una escalera de fierro, allí se detuvo y dándonos la mano nos ayudó á bajar: cuando hubimos bajado la escalera, nos encontramos en una pieza toda tapizada de fierro, era allí donde se encontraba la máquina, y al lado el fuego que ponía al vapor en movimiento: hacia un calor sofocante, y nosotras admirábamos á los pobres maquinistas, que pasaban allí la vida á pesar de aquel calor realmente insoportable!

El capitán estuvo enseñándonoslo todo con una calma admirable; nos explicó la maquinaria; nos enseñó la combinación y el mecanismo por

medio del cual se operaba el movimiento, y salimos realmente encantadas de aquel lugar, después de haberlo observado todo, y comprender con claridad el mecanismo del vapor.

El maquinista estuvo con nosotras muy fino, y el capitán gozaba al ver nuestra curiosidad y sorpresa.

Cuando estuvimos otra vez sobre cubierta, el capitán se alejó de nosotras, y entonces nos bajamos á nuestros camarotes para contar á nuestra familia lo que acabábamos de observar.

Diariamente sentíamos un verdadero placer en presenciar todas las maniobras de los marineros, y muchas veces nos levantábamos temprano solo por ver la limpia del buque que nos entretenía muchísimo: todo lo asean y lavan con gran cuidado y esmero, enrollando en seguida sobre cubierta las gruesas cuerdas que sirven para las maniobras, formando con ellas graciosas y caprichosas figuras; después desempeñaban los trabajos según se presentaba el viento, y según las órdenes que daba el capitán, tendían ó recojían las velas, con el triste canto que acompaña siempre los trabajos del marinero, y que tiene un estilo tan particular, que no puede menos de impresionar al viajero que lo escucha con atención.

Este canto sin embargo, reanima el espíritu del

marinero, le presta fuerza para sus tareas, y al compás de él, transcurren veloces las horas, y tambien los dias, meses y años.

Nos entreteniamos tambien contemplando los botes y salvavidas colocados de un lado y otro del vapor; todos estos botes tienen regularmente su nombre particular, y uno de ellos es siempre destinado al capitán, aunque este debe ser, segun las leyes, el último en salvarse en caso de algun peligro, por inminente que sea; y mil casos se han dado de valerosos capitanes, que han perdido su vida, quizás despues de haber salvado la de todos. ¡Hay obligaciones muy duras!

En el camarote, en el mismo sitio que le sirve á uno de lecho, se encuentran dos ó tres salvavidas de hule llenos de viento y en forma redonda, para ponerlos bajo de los brazos, lo cual impide que puedan los cuerpos sumerjirse dentro del agua y facilitan tambien la natación. Sin embargo, todos estos objetos, que la mas laudable prevención tiene destinados para algunos momentos de contra tiempo, no se pueden ver con indiferencia, porque anuncian que el peligro nos rodea, que tenemos muy cerca la muerte, quizás la mas terrible de las muertes, y el corazón se contrista con estos lúgubres pensamientos!

No puede negarse que siempre es peligrosa

una navegacion: muchos por no atravesar el mar han dejado de conocer los portentos de la creación. Pero el poder de Dios es tan inmenso como él mismo, y el alma cristiana se llena de una santa confianza en estos casos, encuéntrase en medio del peligro y no tiembla: Dios está con ella; arrójase en sus brazos misericordiosos, y en ellos descansa con entera confianza y ¿podría no hacerlo así? ¿quién fuera del Omnipotente podría salvarla? ¡Ay! no se dude jamás de esta verdad!

Dios nos ha favorecido siempre en todas nuestras navegaciones de una manera particular, á pesar de que, como verán nuestros lectores, nos hemos visto en inminentes peligros, pero jamás hemos dudado un solo instante de la clemencia y poder del Ser supremo, la hemos implorado con confianza, hemos descansado en Él, y siempre nos ha favorecido!

Dios nunca deja de atender las súplicas del que solicita sus gracias con una fé firme y sincera!